

La Unidad en Cristo

NO. 668

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 7 DE ENERO, 1866,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

*“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.”
Juan 17:20, 21.*

Hace ya varios años que, con agradecimiento, he recibido de un venerable clérigo de una parroquia ubicada en los suburbios de nuestra ciudad, el texto para mi sermón del primer domingo del año. Suministrados por una misericordiosa Providencia, mi buen hermano me ha enviado con sus saluciones cristianas, estos dos versículos para que nos sirvan de tema. Puesto que hemos gozado juntos durante varios años de una verdadera comunión de espíritu en las cosas de Dios, yo sólo espero que hasta que uno de los dos sea llamado para morar arriba, ambos podamos caminar juntos en el santo servicio, amándonos el uno al otro, fervientemente, con un corazón puro.

La oración más tierna y conmovedora del Maestro, contenida en este capítulo, nos descubre lo más íntimo de Su corazón. Él se encontraba en Getsemaní, y Su pasión apenas estaba comenzando; estaba como una víctima en el altar, donde la madera ya había sido colocada en orden, y el fuego había sido encendido para que consumiera el sacrificio: alzando Sus ojos al cielo, mirando al trono de Su Padre con un verdadero amor filial, y descansando en humilde confianza en la fortaleza del Cielo, por un momento apartó la mirada del combate y de la resistencia hasta la sangre que estaba ocurriendo abajo. Pedía aquello en lo que Su corazón estaba puesto de lleno. Abrió ampliamente Su boca para que Dios la llenara.

Esta oración, entiendo, no fue sólo la expresión casual del deseo del Salvador en el momento final, sino que es una suerte de modelo de la oración que presenta incesantemente ante el eterno trono. Hay una diferencia en el modo de su ofrecimiento; aquí abajo, Él ofreció Su súplica con suspiros y lágrimas; pero ahora, entronizado en la gloria, intercede con autoridad. Pero la súplica es la misma. Lo que deseaba cuando todavía estaba aquí, es lo que Su alma anhela con ansia ahora que ha ascendido y ha sido glorificado en lo alto.

Amados, es significativo que en Sus últimos momentos, el Salvador no solamente desee la salvación de todo Su pueblo, sino que interceda por la unidad de los que son salvos, para que siendo salvos, puedan estar unidos. No basta con que cada oveja sea arrebatada de las fauces del lo-

bo; Él quiere que todas las ovejas estén reunidas en un rebaño bajo Su propio cuidado. No está satisfecho con que cada uno de los miembros de Su cuerpo sean salvados como el resultado de Su muerte; Él necesita que esos miembros sean conformados en un cuerpo glorioso.

Puesto que la unidad permanecía tan cercana al corazón del Salvador incluso en momentos de tan abrumadora tribulación, debía ser considerada por Él como algo inestimable e inapreciable. Es de esta unidad que hablaremos esta mañana, en este sentido: primeramente, tendremos *algo que decir sobre la unidad deseada*; luego, *sobre la obra requerida*, es decir, que los elegidos sean reunidos; en tercer lugar, *sobre la oración ofrecida*; en cuarto lugar, *sobre el resultado anticipado*; y, en quinto lugar, *sobre la pregunta sugerida*.

I. Primero, entonces, SOBRE LA UNIDAD DESEADA.

Estas palabras del Salvador han sido pervertidas al punto de llegar a generar un mundo de perjuicio. Los eclesiásticos se han quedado dormidos, lo que, por lo demás, es su condición ordinaria; y mientras duermen, han soñado un sueño, un sueño fundamentado en la letra de las palabras del Salvador, sin llegar a discernir su sentido espiritual. Ellos han demostrado en su propio caso—y ha sido demostrado en miles de otros casos—que la letra mata, y que únicamente el espíritu vivifica. Digo que habiéndose quedado dormidos, estos eclesiásticos han soñado acerca de una gran confederación que es presidida por un número de ministros, quienes a su vez son gobernados por oficiales superiores, y estos, a su vez, por otros que finalmente son regidos por una suprema cabeza visible que tiene que ser ya sea una persona o un sínodo: esta gran confederación abarca reinos y naciones, y se ha vuelto tan poderosa como para imponer su voluntad a los estados, influenciar en la política, guiar concilios, e incluso reunir y movilizar ejércitos.

Ciertamente la sombra de la enseñanza del Salvador: “Mi reino no es de este mundo,” debe haber provocado alguna ocasional pesadilla en mitad de su sueño, pero continuaron soñando; y lo que es peor, convirtieron el sueño en realidad, y hubo un tiempo cuando los declarados seguidores de Cristo eran todos uno, cuando mirando al norte, al sur, al este y al oeste, desde el Vaticano que era el centro, un cuerpo unido cubría a toda Europa.

¿Y cuál fue el resultado? ¿Creyó el mundo que Dios había enviado a Cristo? No, el mundo creyó precisamente lo contrario. El mundo estaba persuadido de que Dios no tenía nada que ver con ese gran ente estrujante, tiránico, supersticioso e ignorante que se designaba a sí mismo: cristianismo; y los hombres pensantes se volvieron infieles, y fue algo extremadamente difícil encontrar a un genuino creyente inteligente al norte, al sur, al este o al oeste. Todos los que profesaban eran uno, pero el mundo no creía; sin embargo, Jesús no pensó nunca en este tipo de unidad: nunca fue Su intención establecer un gran cuerpo unido llamado Iglesia, que dominara y se enseñoreara sobre las almas de los hombres, y

que incluyera en sus rangos a reyes, príncipes y estadistas que podían ser mundanos, impíos, malignos, sensuales y diabólicos.

El designio de Cristo nunca fue montar una máquina de uniformidad que estrujara la conciencia; y así, esa gran máquina diseñada por el hombre, habiendo sido perfeccionada y puesta en marcha con el mayor vigor posible, en vez de dedicarse a que el mundo creyera que el Padre envió a Cristo, obró justamente esto: que el mundo no creyera absolutamente nada, sino que se volviera infiel, licencioso y podrido en su esencia, y el sistema tenía que ser abolido como un estorbo público, y algo mejor debía ser introducido en el mundo para restaurar la moralidad. Sin embargo, la gente sueña todavía ese sueño: incluso algunas buenas gentes lo hacen.

Los Puritanos, después que fueron perseguidos y arrastrados a prisión en este país, huyeron a Nueva Inglaterra, y tan pronto desembarcaron en la costa, comenzaron a decir: “todos hemos de ser uno; no ha de haber ningún cisma”; y el gran látigo fue blandido en la espalda del cuáquero, y esposaron las muñecas sangrantes del bautista, porque estos hombres, de algún modo u otro, no serían del tipo que se sometería, sino que pensarían por ellos mismos y obedecerían a Dios antes que al hombre.

En nuestros días, el doctor Pusey sueña con que los anglicanos y la Iglesia Rusa puedan ser unidas, y luego, tal vez, los católicos romanos podrían meter su cuchara; y así, una vez más, todos serían uno. ¡Un mereo sueño! ¡Una mera quimera de un cerebro amable pero extravagante! Si alguna vez llegara a ser una realidad, resultaría ser un *árbol de upas*, (1) a cuya raíz todo hombre honesto debe poner de inmediato el hacha.

Pero ¿qué quiso decir el Salvador con: “Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí”? Hemos de comenzar por el principio. *¿Cuáles eran los elementos de esta unidad que Cristo deseaba tan ansiosamente?* Este capítulo nos proporciona una respuesta muy clara. La unidad había de ser compuesta por los individuos que aquí son llamados “ellos”; “para que todos (*ellos*) sean uno.” ¿Podrían echar una mirada al capítulo entero para comprobar quiénes son ‘ellos’? Miren en el segundo versículo: “Para que dé vida eterna a todos los que le diste.” Entonces vemos que la unidad propuesta es de personas dadas especialmente a Jesús por el Padre. Entonces no se trata de todos los hombres que por casualidad vivan en alguna provincia en particular, o distrito, o ciudad, sino de una unidad de personas que han recibido, no la vida común que tienen todos, sino la vida eterna. Entonces, las personas especiales que han sido vivificadas por Dios el Espíritu Santo, y que han sido llevadas a una unión vital con la persona del Señor Jesús, son las que han de constituir una unidad.

Además, son descritas en el versículo sexto como personas a quienes el nombre de Dios ha sido manifestado; personas que han visto lo que otros nunca vieron, y que han contemplado lo que otros no pueden saber. Son hombres que le fueron dados del mundo, según nos informa ese versículo: hombres elegidos, tomados de la masa ordinaria; entonces, no se refiere a toda la masa; no se trata de reinos, ni de estados, ni de impe-

rios, sino de personas selectas. Son personas que han sido enseñadas, y que han aprendido lecciones inusuales: “Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti”: y han aprendido bien su lección, pues encontramos que está escrito: “Han guardado tu palabra; y han creído que tú me enviaste.”

El versículo noveno describe que Cristo ora por ellos, en un sentido con el que nunca jamás ora por el mundo. Son personas, de conformidad al versículo décimo, en quienes Dios es glorificado; en quienes el nombre de Jesús brilla con resplendente lustre. Lean todo el capítulo, y descubrirán que la unidad que el Señor tenía en mente era la de personas elegidas que siendo vivificadas por el Espíritu Santo, son conducidas a creer en Jesucristo; personas orientadas a lo espiritual, que viven en el reino del espíritu, que valoran las cosas espirituales, y que forman una confederación y un reino que es espiritual y no de este mundo. Allí está el secreto.

Las mentes carnales oyen que Jesús llevará una corona de perlas; entonces encuentran perlas en las conchas y tratan de unir las conchas de las ostras, y, ¡qué cosa tan extraña confeccionan! Pero Jesús no aceptará ninguna unión de las conchas; las conchas deben ser quebradas como cosas despreciables; deben ser unidas las joyas y únicamente las joyas. Se rumora que el Rey ha de llevar una corona, y que esa diadema ha de ser construida de oro fino; al instante los hombres traen sus enormes pepitas, y quieren diseñar la diadema con grandes cantidades de roca, tierra, cuarzo, y no sé qué otras cosas más. Pero no puede ser así; el rey no se pondrá una corona como esa: Él refinará el oro, le quitará la tierra, y la corona será fabricada de oro fino, no del material con el que ese oro esté unido por casualidad.

Entonces, ¿de qué está compuesta la única Iglesia de Dios? ¿Acaso está conformada por la Iglesia de Inglaterra, y por la Unión Congregacional, y por la Conferencia Wesleyana, y por el Cuerpo Bautista? No, no lo está. ¿Entonces la Iglesia de Inglaterra no es una parte de la Iglesia de Cristo, y la denominación Bautista no es otra parte? No; yo niego que estos cuerpos, como tales, sin refinar y en bruto, sean una parte de la grandiosa unidad por la que Jesús oró; pero hay creyentes unidos a la Iglesia de Inglaterra, que son una parte del cuerpo de Cristo, y hay creyentes en todas las denominaciones de cristianos, ¡ay!, y muchos en ninguna Iglesia visible en absoluto, que están en Cristo Jesús, y consecuentemente, están en la gran unidad. La Iglesia de Inglaterra no es una parte del verdadero cuerpo de Cristo, ni ninguna otra denominación como tal lo es; la unidad espiritual está conformada por hombres espirituales, separados, escogidos, tomados de toda la masa con la que se encuentran unidos.

Tal vez he hablado con mucha audacia y corro el riesgo de ser malinterpretado; pero esto es lo que quiero decir: que no pueden seleccionar alguna iglesia visible, sin importar cuán pura sea, y decir que tal como está, pertenece a la unidad espiritual por la que Jesús oró. Hay en las

iglesias visibles un cierto número de los elegidos de Dios, y estos son miembros del cuerpo de Jesucristo; pero sus compañeros profesantes, si no son convertidos, no están en la unidad mística. El cuerpo de Cristo no está conformado por denominaciones, ni por presbiterios, ni por sociedades cristianas. Está conformado por santos escogidos por Dios desde antes de la fundación del mundo, redimidos por sangre, llamados por Su Espíritu, y hechos uno con Jesús.

Pero ahora, prosiguiendo, *¿cuál es el vínculo que mantiene juntos a los que están unidos?* Entre otros, está el vínculo del *mismo origen*. Cada persona que sea partícipe de la vida de Dios, ha provenido del mismo Padre divino. El Espíritu de Dios ha vivificado de igual manera a todos los fieles. No importa que Lutero sea muy disímil de Calvino; Lutero es hecho y es creado en una nueva criatura en Cristo Jesús por el mismo *fiat (hágase)* que creó a Calvino. No importa que Juan de Valdés, en la misma época, se oculte en la Corte de España, y difícilmente sea reconocido como un creyente; sin embargo, cuando hojeamos hoy su volumen, encontramos en sus “Cien Consideraciones,” precisamente el mismo espíritu de gracia que palpita en las “Instituciones de la Religión Cristiana” de Calvino, o en “La Esclavitud de la Voluntad” de Lutero; y descubrimos la misma vida en cada uno; han sido vivificados por el mismo Espíritu, son revividos por la misma energía; y aunque no lo supieran, aun así eran uno.

Es más, todos los verdaderos creyentes son sostenidos por la *misma fuerza*. La vida que hace vital la oración de un creyente hoy, es la misma vida que vivificó el clamor del creyente hace dos mil años; y si este mundo durara otros mil años, el mismo Espíritu que hará que las lágrimas rueden del ojo de un penitente en aquel entonces, es el que en este día nos conduce a inclinarnos delante del Dios Altísimo.

Además, todos los creyentes tienen el *mismo propósito y objetivo*. Todo santo verdadero es disparado por el mismo arco, y está apresurándose hacia el mismo blanco. Podría haber y habrá mucho que no es de Dios en cuanto al hombre, mucho de debilidad humana, de contaminación y de corrupción; pero todavía el espíritu interior que Dios ha puesto allí, fuerza su camino hacia la misma perfección de santidad, y en el entretanto procura glorificar a Dios.

El Espíritu Santo, que mora en cada creyente, es por sobre todo la verdadera fuente de unidad. Hace doscientos años, algunos de los cristianos de esta tierra nuestra eran cuerpos singulares, raros, extraños, extrañamente diferentes en su comportamiento externo, de sus hermanos de 1866; pero cuando hablamos con ellos a través de sus viejos libros de diferentes tamaños, si pertenecemos al pueblo del Señor, descubrimos que nos sentimos como en casa con ellos. Aunque la manifestación pudiera variar, el mismo Espíritu de Dios obra las mismas gracias, las mismas virtudes, las mismas excelencias, y así ayuda a todos los santos a comprobar que son de una tribu.

Si yo encontrara a algún ciudadano inglés, en cualquier parte del ancho mundo, reconocería en él alguna semejanza conmigo; habría alguna característica en él por la cual su nacionalidad se vería delatada; y de igual manera puedo encontrar a un cristiano de hace quinientos años, en medio del catolicismo romano y del oscurantismo, pero su expresión lo delata; si mi alma avanzara cien años en el futuro, aunque el cristianismo habría podido asumir otro aspecto y otra apariencia exterior, podría todavía reconocer al cristiano, detectaría todavía el acento galileo, habría algo que me mostrara que si soy un heredero del cielo, soy uno con el pasado y uno con el futuro, sí, uno con todos los santos del Dios viviente.

Este es un vínculo muy diferente del que los hombres procuran imponer a los demás para crear una unión. Colocan correas alrededor de toda la parte externa, nos amarran juntos con muchas ataduras, y nos sentimos incómodos; pero Dios pone una vida divina dentro de nosotros, y entonces llevamos los sagrados lazos del amor con tranquilidad.

Si ustedes tomaran los miembros de un cadáver, podrían atarlos, y luego, si transportaran el cuerpo a otra parte y el carruaje se sacudiera fuertemente, una pierna podría salirse de su lugar, y un brazo podría dislocarse; pero tomen a un hombre vivo, y pueden enviarlo donde quieran, y las ligaduras de la vida impedirán que se desarme.

En todos los verdaderos hijos elegidos de Dios que son llamados, y escogidos, y que son fieles, hay un vínculo del misterioso amor divino que se hace presente a través de todo el conjunto, y son uno y deben ser uno, siendo el Espíritu Santo la vida que los une.

Hay señales que evidencian esta unión, y que demuestran que el pueblo de Dios es uno. Sabemos que muchos deploran nuestras divisiones. Hay algunas divisiones que deben ser deploradas entre las confederaciones eclesiásticas, pero en la Iglesia espiritual del Dios vivo, yo realmente no puedo descubrir las divisiones que son proclamadas tan ruidosamente. Tengo la impresión de que las señales de unión son mucho más prominentes que las señales de división.

Pero, ¿cuáles son? Primero, hay una unión *en el discernimiento* de todos los asuntos vitales. Cuando converso con un hombre espiritual—prescindiendo de cómo se defina—cuando hablamos del pecado, del perdón, de Jesús, del Espíritu Santo, y de temas similares, coincidimos. Hablamos de nuestro bendito Señor. Mi amigo afirma que Jesús es hermoso y codiciable: lo mismo digo yo. Él dice que no tiene nada en qué confiar excepto en la sangre preciosa; yo tampoco cuento con ninguna otra cosa. Yo le digo que me considero una criatura pobre y débil: él lamenta esa misma condición. Si me quedo en su casa por un breve tiempo, entonces oramos juntos en el altar familiar, y no se podría decir quién fue el que oró: si un calvinista o un arminiano, pues oramos exactamente de la misma manera; y cuando abrimos el himnario, si se trata de un wesleyano, muy probablemente elegiría el himno “Roca de la eternidad, fuiste abierta por mí.” Si el espíritu de Dios está en nosotros,

todos estamos de acuerdo sobre los puntos relevantes. Permítanme decir que entre los verdaderos santos, los puntos de unión incluso en materias de criterio, son noventa y nueve, y los puntos de diferencia son sólo como uno.

En *puntos prácticos*, como el rostro corresponde al rostro, así el corazón del hombre al corazón del hombre. Basta que se toquen tópicos prácticos concernientes a los tratos del alma con Dios, dejando la letra y adentrándose en el espíritu, rompiendo la cáscara y comiendo la fruta de la verdad espiritual, y descubrirán que los puntos de acuerdo entre cristianos genuinos, son una cosa maravillosa.

Pero esta unión ha de ser vista más claramente en la unión del *corazón*. Me dicen que los cristianos no se aman los unos a los otros. Lo sentiría mucho si eso fuera cierto, pero yo más bien lo dudo, pues sospecho que aquellos que no se aman entre sí, no son cristianos. Donde está el Espíritu de Dios debe haber amor, y si yo he conocido y reconocido a alguien como mi hermano en Cristo Jesús, el amor de Cristo me constriñe a no considerarlo más como un extraño o como un extranjero, sino como un conciudadano de los santos. Ahora, yo aborrezco la fuerte adherencia a las prácticas de la 'Iglesia Alta' (2), de la manera que mi alma odia a Satanás; pero me encanta leer a George Herbert (3), aunque George Herbert era un denodado miembro de la 'Iglesia Alta'. Yo aborrezco su fuerte adherencia a las prácticas de esa iglesia, pero amo a George Herbert muy profundamente, y guardo un cálido rincón en mi corazón para cada ser que sea como él. Si me encontrara a algún hombre que ame a mi Señor Jesucristo como George Herbert lo amó, entonces no me preguntaría si he de amarlo o no; las preguntas no cabrían, pues no podría evitarlo; a menos que pudiera dejar de amar a Jesucristo, no podría dejar de amar a aquellos que lo aman.

Allí está George Fox, el cuáquero, un extraño tipo de cuerpo, es verdad, que anda por todo el mundo haciendo mucho ruido y alboroto; pero yo amo a ese hombre con toda mi alma, porque tenía un tremendo respeto por la presencia de Dios y un intenso amor por todo lo espiritual. ¿Cómo es que no puedo evitar amar a George Herbert y a George Fox, que son en algunas cosas completamente opuestos? Es porque ambos amaron al Señor. Los reto—si sienten algún amor por el Señor—a que elijan o escojan entre los miembros de Su pueblo; podría ser que aborrezcan todo lo que quieran las conchas en las que las perlas están ocultas, y la escoria con la que está mezclada el oro, pero tienen que estimar al oro verdadero, el precioso oro comprado con sangre, a la perla verdadera con tintes de cielo.

Tienes que amar a un hombre espiritual doquiera que lo encuentres. Tal amor efectivamente existe entre los miembros del pueblo de Dios, y si alguien dijera que no existe, me temo que el que habla así es incapaz de juzgar. Si me encuentro con alguien en quien está el Espíritu de Dios, *debo* amarlo, y si no lo hiciera, demostraría que no estoy en la unidad en lo absoluto.

Unidad en el discernimiento, en la experiencia y en el corazón, son algunas de las evidencias de esta unión, pero si quisieran una unión más clara y palpable, que inclusive los ojos carnales puedan ver, noten la unidad de la *oración* cristiana. ¡Oh, cuán mínima es la diferencia allí! Los creyentes bien enseñados se dirigen al trono de la gracia en el mismo estilo, independientemente de la forma particular que su organización eclesial haya asumido. Lo mismo ocurre con la *alabanza*. En la alabanza, en verdad, somos como uno, y nuestra música asciende con dulce concierto al trono de la gracia celestial.

Amados, somos uno en la acción; los verdaderos cristianos, en cualquier parte en que se encuentren, están todos haciendo el mismo trabajo. Allá está un hermano predicando; no me importa esa cosa blanca que lleva puesta, pero si es un verdadero cristiano, está predicando a Cristo crucificado; y aquí estoy yo, y tal vez no le simpatice porque no tengo puesto ese trapo blanco, pero, a pesar de eso, me deleita predicar a Cristo crucificado. Cuando se trata del trabajo vital real del cristiano, es lo mismo en cada caso, pues es levantar en alto la cruz de Cristo.

“Oh”—dirás—“pero hay muchos cristianos en el mundo que predicán esto y eso y lo otro.” Yo no estoy diciendo nada de ellos o acerca de ellos; no estoy diciendo nada acerca de sus pertenencias eclesiásticas; yo no estoy diciendo nada de los que simplemente se unen a la Iglesia; hablo de los elegidos, de los preciosos, de los hombres y mujeres de mente sencilla enseñados por Cristo, y cuyo móvil de acción es el mismo; hay entre ellos una verdadera unión, que es la respuesta a la oración de nuestro Señor. Él no intercedió en vano; Él obtuvo lo que buscó; y los hombres verdaderamente vivificados son uno en este día, y permanecerán perpetuamente siendo uno.

Me parece oír que alguien dice: “pero yo no puedo ver esta unidad.” Mi respuesta es: una razón podría ser tu falta de información. El otro día vi que estaban construyendo un gran edificio; sabía que no era un asunto de mi incumbencia, pero me quedé perplejo tratando de imaginarme cómo saldría de allí una estructura completa; me parecía que los techos quedarían colocados muy torpemente. Pero me atrevo a decir que si hubiese visto un plano, podría haber habido alguna torre central o alguna otra combinación por medio de la cual las alas, una de las cuales parecía ser más bien más larga que la otra, podrían ser rematadas en armonía, porque el arquitecto sin duda tenía en su mente una unidad que yo no tenía en la mía.

Así que, ni ustedes ni yo poseemos la información necesaria en cuanto a lo que ha de ser la Iglesia. La unidad de la Iglesia no ha de ser vista por ustedes hoy; no lo piensen; el plan no ha sido ejecutado todavía. Dios está construyendo por allá, y ustedes sólo ven el cimiento; en otra parte está casi listo el coronamiento, pero ustedes no pueden comprenderlo. ¿Habrán de enseñarles el Maestro Su plano? ¿Acaso está obligado el Divino Arquitecto a llevarlos a Su estudio, para mostrarles todos Sus motivos y designios secretos? No es así; esperen un poco y se darán cuenta de

que todas estas diversidades y diferencias entre los hombres orientados espiritualmente, cuando el plan maestro llegue a ser implementado, son partes diferentes del gran todo, y ustedes, conjuntamente con el asombrado mundo, sabrán entonces que Dios ha enviado al Señor Jesús.

Visito una gran fábrica: veo una rueda grande girando en una determinada dirección, indiferente y desatenta a todas las demás ruedas; veo otra rueda girando en dirección contraria; todo tipo de movimientos concéntricos y excéntricos; y yo me digo: “¡todo esto parece un extraordinario embrollo!” ¡Precisamente se trata de eso! Yo no entiendo esa maquinaria.

Así, cuando analizo a la gran Iglesia del Dios visible, si miro con los ojos de mi espíritu, puedo ver la armonía interna; pero si con estos ojos miro a la gran Iglesia externa, no puedo ver la armonía, ni será vista jamás hasta que la Iglesia oculta sea hecha manifiesta cuando el Señor venga.

La razón por la cual ustedes no ven la unidad de la Iglesia, podría ser por la aspereza actual del material. Vean por allá un número de piedras, y por aquí, un número de árboles; yo no puedo ver la unidad. Por supuesto que no. Cuando todos estos árboles sean cortados en tablones, cuando estas piedras reciban su forma, entonces podrán comenzar a verlos como un todo. Las diversas piedras del edificio divino de la Iglesia están todas informes al presente; no están pulidas. Nunca seremos uno hasta que seamos santificados.

La unidad de Cristo es una unidad de seres santos, no de seres impíos; y conforme cada uno de nosotros se torne más y más preparado para ocupar su propio lugar, como consecuencia de la obra de Cristo, más y más descubriremos la unidad de la Iglesia.

También, permítanme observar que tal vez no podamos ver la unidad de la Iglesia porque nosotros mismos no podemos ver nada. ¿Es esa una dura expresión? ¿Quién puede soportarla? Hay miles de profesantes que no pueden ver nada. No han de suponer, queridos amigos, que la unidad de la iglesia sea algo que ha de ser visto por estos ojos nuestros. ¡Jamás! Todo lo espiritual es discernido espiritualmente. Han de tener ojos espirituales antes de que puedan verla.

Mucha gente dice que no hay unidad. Me sorprendería que hubiese una unidad que pudiesen ver o sentir. Ellos mismos no están en Cristo; sus corazones no han sentido nunca lo que significa la vida espiritual; ¿cómo podrían ser capaces de entender aquello a lo que nunca han entrado?

Vean lo que la mente carnal hace con la enseñanza de Cristo. Cristo enseña a Su pueblo que deben comer Su carne y beber Su sangre. Mente carnal dice: “yo sé lo que significa eso”; y de inmediato corre a la alacena y trae un trozo de pan y una copa de vino. Los hombres espirituales lloran ante tal ignorancia. Jesús dice: “Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí.” “Yo sé lo que eso significa,” dice Mente carnal: “todos han de adorar de la misma manera, y deben usar el mismo ritual.” Esto es

todo lo que Mente carnal sabe acerca de eso; confunde lo externo con lo interno, y no entiende lo que el Señor quiere decir.

Pero, amados, ustedes saben que esto no es así. Ustedes efectivamente saben—así confío—y sienten en su alma en este preciso día, que los verdaderos santos del Dios viviente son en este preciso momento uno con los demás, y que reconocen y descubren esta unidad en la proporción en que se vuelven como su Señor y Maestro, y son conformados a Su imagen, y hechos idóneos para el lugar que habrán de ocupar.

Justo como el profesor Owen puede tomar un hueso, y a partir de ese hueso puede descubrir la estructura completa de todo el animal, no dudo de que haya una dependencia y consistencia mutuas entre cada cristiano y sus compañeros cristianos, de tal forma que si entendiésemos la ciencia de la anatomía comparada espiritual, como podremos hacerlo en el cielo, seríamos capaces de imaginar, partiendo de cualquier cristiano, la forma de toda la Iglesia de Dios, a partir de la mutua dependencia de unos de otros; pero no es de acuerdo a la forma de la bestia que fue, y ahora es, y que todavía vendrá, que se llama a sí misma la Iglesia de Cristo, y que no es nada mejor que el Anticristo; tomará la forma del Señor del Cielo, de cuyo cuerpo somos miembros.

II. He hablado demasiado tiempo sobre este asunto de la unidad, y ya no disponemos de mucho tiempo para los demás puntos, y, por tanto, sólo haré una breve alusión a ellos. El segundo encabezamiento debía ser: LA OBRA QUE HA DE HACERSE ANTES DE QUE ESTA UNIDAD PUEDA SER COMPLETADA.

Hay muchos elegidos que no han creído todavía en Jesucristo, y la Iglesia no puede ser una, hasta que esos elegidos sean salvos. Aquí hay trabajo por hacer: trabajo que ha de hacerse por medio de instrumentos. Estos elegidos han de creer: esa es una obra de gracia, pero ellos han de creer por medio de nuestra palabra.

Hermanos, si quieren promover la unidad de la Iglesia de Cristo, cuiden a sus ovejas perdidas, busquen a las almas descarriadas. Si preguntaran cuál ha de ser su palabra, la respuesta está en el texto: tiene que ser concerniente a Cristo. Esas almas deben creer en Él. Cada alma que crea en Cristo es incorporada a la grandiosa unidad evangélica a su medida, y no verán nunca a la iglesia como un todo mientras haya un alma que permanezca sin ser salva, pero para quien el Salvador derramó Su preciosa sangre. ¡Salgan y enseñen Su Palabra! ¡Proclamen las doctrinas de la gracia conforme la habilidad que hubieren recibido de Él! Sostengan en alto a Cristo ante los ojos de los hombres, y serán el instrumento en la mano de Dios para llevarlos a creer en Él, y así la Iglesia será edificada y será convertida en una.

Aquí hay una labor para el principio del año. No han de sentarse para idear y maquinarse y planear cómo puede esta denominación fundirse con otra; no se metan con eso. Su labor es ir ahora y—

***“Decir a los pecadores por todas partes
Cuán único Salvador has encontrado.”***

Esa es la manera en que Dios los utiliza a ustedes para completar la unidad de Su Iglesia. A menos que estos sean salvos, la Iglesia no es perfecta. Es maravilloso el texto que dice: “Proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.” Es decir, los santos en el cielo no pueden ser perfectos a menos que *nosotros* lleguemos allí. ¡Cómo!, ¿los santos benditos en el cielo no son perfectos a menos que el resto de los creyentes llegue allí? Eso nos dice la Escritura, pues entonces serían una parte del cuerpo, y no el cuerpo entero; no pueden ser perfectos como un rebaño a menos que el resto de las ovejas llegue allí. Nos hacen señas desde las murallas almenadas del cielo, y nos dicen: “suban aquí, pues sin ustedes no podemos ser uno como Jesucristo es uno con Su Padre. Somos un cuerpo imperfecto mientras no vengan ustedes.”

Y nosotros, desde nuestra posición de gracia, nos volvemos a ver al mundo pecador y les decimos a los elegidos de Dios que están en medio de ese mundo pecador: “¡Vengan a Jesús! ¡Confíen en Jesús! ¡Crean en Él!, pues sin ustedes, nosotros no podemos ser perfectos, ni tampoco pueden serlo los propios seres celestiales, pues ¡ha de haber una Iglesia completa! Toda la ciudad debe ser amurallada alrededor; y si hubiere una brecha en el muro, la ciudad no será una. Vengan, entonces, pongan su confianza en Jesús, para que Su Iglesia sea una.”

III. El tercer punto iba a ser: AQUÍ HAY ORACIÓN OFRECIDA.

Amados, Cristo ora por la unidad de Su Iglesia, para que todos los santos que han ido al cielo en los días pasados, y todos los santos que viven ahora, y que todos los que habrán de vivir, sean llevados a la unidad de una vida en Él. Me temo que no le atribuimos la suficiente importancia al poder de la oración de Cristo.

Pensamos en Josué combatiendo en el valle, pero nos olvidamos de nuestro Moisés con Sus manos extendidas sobre el monte. Estamos viendo las ruedas de la máquina—regresando a nuestra imagen anterior—y pensamos que esta rueda, y esa rueda, y aquella otra necesitan más aceite, o que no están trabajando en su punto de eficiencia. Ah, pero no hemos de olvidar nunca el motor, esa misteriosa fuerza motriz que está escondida y oculta, de la cual depende la acción de toda la máquina.

La oración de Cristo por Su pueblo es la gran fuerza motriz por la cual el Espíritu de Dios es enviado a nosotros, y la Iglesia entera es mantenida llena de vida; y el total de esa fuerza está aplicada a este objetivo único: la unidad; está quitando todo lo que nos impida ser uno, y está trabajando con toda su divina omnipotencia para llevarnos a una unidad visible cuando Cristo venga en los últimos días en la tierra.

Amados, hemos de tener esperanza por los pecadores que todavía no son convertidos; Cristo está orando por ellos. Tengamos esperanza por el cuerpo entero de los fieles; Cristo está orando por su unidad, y todo lo que Él pida, ha de realizarse, pues Él nunca suplica en vano; Él ora para que la Iglesia sea una, y es una; Él ora para que sean perfectos y completos, y eso sucederá en medio de aleluyas eternos.

IV. Luego hubiera seguido EL RESULTADO ANTICIPADO GENERADO POR EL TODO; “Para que el mundo crea que tú me enviaste.” El efecto del espectáculo de la Iglesia completa en las mentes de los hombres será sobrecogedor. Ángeles y principados mirarán con asombro a la Iglesia perfecta de Cristo. Todos ellos exclamarán: “¡qué portento! ¡Qué portento! ¡Qué obra maestra del poder y sabiduría divinos!” Cuando vieron el cimiento puesto en la preciosa sangre de Cristo, contemplaron larga y ávidamente; pero cuando vean la Iglesia completa y entera, cada aguja y cada pináculo, y el grandioso coronamiento expuesto en medio de clamores, construido enteramente de joyas y perlas preciosas, diseñado para que semeje un palacio, vamos, entonces harán que el cielo resuene una y otra vez.

Cuando el mundo fue hecho, cantaron de gozo, pero ¡cómo harán eco las bóvedas del cielo cuando la Iglesia esté toda completa, y la nueva creación hubiere sido perfeccionada! ¿Cuál será el efecto sobre los hombres? Asombro será el efecto en los ángeles, pero ¿cuál será el efecto en los hombres? Vamos, el mundo, ese mundo malvado que rechazó a Cristo, ese perverso mundo crucifijor que no quiere saber nada de Él, y que ahora no quiere saber nada de Su gente, ese mundo malvado que odia a Sus santos y que se ha esforzado con todo su poder para derribar los muros de Su Iglesia, creará, se verá forzado a creer que Dios envió a Su Hijo. Se morderán la lengua de furia, crujirán sus dientes de terror, pero no habrá ninguna duda al respecto.

No deben suponer que el mundo será convencido jamás de creer en Cristo, y de ser salvado por la unidad de la Iglesia. No es anticipado en este capítulo que el mundo sea salvado jamás. En todo el capítulo no hay ningún propósito al respecto: se habla del mundo como de algo por lo que Cristo no ora, cuya iluminación no es anticipada; pero ese mundo, aunque llore y se lamente, y maldiga, y aborrezca, será claramente conducido a reconocer la divinidad de la misión de Cristo, cuando vea la unidad total de la Iglesia.

Vamos, delante de mi asombrada mirada esta mañana, me parece que se levanta como desde un gran mar de confusión, un sorprendente edificio. Veo la primera piedra hundida en las profundidades de ese mar teñido con sangre, y veo su remate emergiendo por encima de elevadas olas de refriega y confusión; y ahora veo otras piedras puestas sobre eso, todas ellas teñidas con sangre: los primeros apóstoles, todos ellos mártires. Veo una piedra que se levanta sobre otra conforme una época sucede a la otra. Al principio, casi todos los cimientos están colocados en el hermoso bermellón del martirio, pero la estructura se eleva: las piedras son muy diferentes; proceden de Asia, África, América y Europa; son tomadas de entre los príncipes y de entre los campesinos. Estas piedras son muy diversas. Tan vez mientras estuvieron aquí, escasamente reconocían que pertenecían al mismo edificio, pero allí están, y por mil ochocientos sesenta años, la construcción ha proseguido, y proseguido, cada piedra siendo alistada; desconocemos cuántos años más tomará la cons-

trucción de ese edificio magistral, pero al final, a pesar de todos los enfados del infierno y todo el poder de los demonios, ese edificio será completado, y ni una sola piedra se perderá, y ni un solo hijo elegido de Dios estará ausente, y ni una sola de esas piedras habrá sufrido algún daño, ni será colocada fuera de lugar; y el todo será tan hermoso, tan incomparable, habrá tal despliegue de poder y de sabiduría y de amor, que incluso los seres llenos de odio, cuyos corazones son duros como el diamante contra el Altísimo, se verán forzados a decir que Dios debió enviar a Cristo; no podrán reprimir esa confesión cuando toda la Iglesia sea una como el Padre es uno con Cristo. ¡Oh, feliz día, alborea ante nuestro ojos y haz que seamos bendecidos!

V. La sugerencia concluyente debía ser esta: ¿SOMOS PARTE DE ESA GRANDIOSA UNIDAD?

Allí está la pregunta. La pregunta de esta mañana no es: ¿son ustedes miembros de alguna iglesia cristiana? “Yo sé cómo llegar allí”—dices— “bien, un cierto número de iglesias son evangélicas y ortodoxas; constituyen el protestantismo ortodoxo. Ahora, yo soy bautista. Muy bien. Yo soy bautista, y las iglesias bautistas son ortodoxas, por lo tanto, yo soy cristiano; o soy episcopaliano, y la iglesia episcopal es una rama del protestantismo. Muy bien, soy protestante, soy cristiano.”

Ah, esa es su forma carnal de hablar. Podrías estar gravemente equivocado si ese fuera tu argumento. Pero si pudieras verlo de otra manera y decir: “he recibido la vida eterna pues he creído en el Señor Jesucristo, y he sido dado a Él por el Padre.” Entonces, amado, llegas directamente.

Siendo uno con Cristo, eres uno con Su pueblo; pero cuando estás buscando esta unidad, no busques algo externo sino algo interno. No busques un lazo que ha de escribirse sobre hojas de papel, en pergaminos y libros, sino busca un vínculo escrito en los corazones, y en las conciencias, y en las almas. No debes buscar a todos los santos en un aposento, sino en Cristo; todos ellos viven del pan celestial, y beben vinos purificados que provienen de Cristo Jesús. Busquen una unión espiritual y la encontrarán; si buscan la otra cosa no la encontrarán, y si la encontrarán, sería una cosa grande y terrible, de la cual deberían pedirle a Dios que libere a Su Iglesia.

Como hombres espirituales, busquen la unidad espiritual, pero primero comiencen por preguntarse si ustedes mismos son espirituales. ¿Has nacido en el seno de la familia? ¿Has pasado de muerte a vida? Pues si no has pasado, aunque pudieras estar en el cuerpo, serías como una sustancia muerta en el cuerpo causando una úlcera, una gangrena, que provocaría dolor y sufrimiento; serías una cosa maldita, que habría que eliminar.

Pero, ¿estás vivo por la vida de Cristo? ¿Mora Dios en ti, y moras tú en Él? Entonces, mi amado hermano, dame tu mano. No te preocupes acerca de mil diferencias, pues si tú estás en Cristo y yo estoy en Cristo, no podemos ser dos, hemos de ser uno. Amémonos los unos a los otros, fervientemente, con un corazón puro. Vivamos en la tierra como aquellos

que habrán de vivir juntos una larga eternidad en el cielo. Cada uno de nosotros ha de ayudar al crecimiento de los demás. Ayudémonos los unos a los otros en cada empresa espiritual y santa, en la medida de lo posible, lo cual redundará en la promoción del reino del Señor; y echemos fuera de nuestros corazones todo lo que pudiera romper la unidad que Dios ha establecido. Desechemos toda falsa doctrina, todo falso pensamiento de orgullo, de enemistad, de amargura, para que nosotros a quienes Dios ha hecho uno, seamos uno delante de los hombres, así también como delante de la mirada del Dios que escudriña los corazones.

Que el Señor nos bendiga, queridos amigos, como una Iglesia, que nos haga uno, y que nos mantenga unidos; pues será el componente muerto entre nosotros lo que provocará divisiones. Los hijos vivos de Dios conforman la unidad; son los seres vivos los que están vinculados conjuntamente. No habrá temor al respecto: la oración de Cristo cuida de nosotros, para que seamos uno. En cuanto a ustedes, que están unidos con nosotros en una comunión visible, y no son uno con Cristo, que el Señor los salve con Su grandiosa salvación, y a Él sea la alabanza. Amén y Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Juan 17.

Nota del traductor:

- (1) Upas tree: árbol de upas: es un árbol nativo del sudeste asiático que produce un látex extremadamente venenoso.
- (2) High Church: Iglesia Alta. Se refiere a aquellas parroquias o congregaciones anglicanas que emplean muchas prácticas litúrgicas asociadas con la misa católica.
- (3) George Herbert: (1593-1633). Conocido poeta inglés de la Escuela Metafísica. Se convirtió en un clérigo anglicano. Su poesía es eminentemente religiosa y es excelente.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #668—Volume 12
UNITY IN CHRIST